

## Política de la teoría en la época actual. Entrevista a Marcelo Topuzian

**Jerónimo Ledesma**

Llego tarde a la cita con Marcelo Topuzian (MT), quien me espera en la sala de profesores de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, leyendo una monografía sobre “La idea de España en la obra de Benito Pérez Galdós”, con la edición en castellano de *Los nombres indistintos* de Jean-Claude Milner cerrada sobre la mesa. Topuzian, doctor en Literatura de la UBA, docente en la materia Literatura Española III e investigador de CONICET, es un hombre en sus cuarentas, alto, flaco, actualmente con bigote, siempre discretamente vestido, en general con boina. Es autor del reciente libro *Muerte y resurrección del autor (1963-2005)*, y de *Creencia y acontecimiento. El sujeto después de la teoría*, de inminente aparición. También dirige un proyecto de investigación sobre transnacionalidad literaria que se encuentra preparando un volumen colectivo, *Tras la nación. Conjeturas y controversias sobre las literaturas nacionales y mundiales*. Nos reunimos con Marcelo para dialogar sobre su trabajo como docente e investigador, sobre la política de la teoría y, aprovechando la entrevista, le preguntamos sobre sus usos de la categoría de legitimación, que vertebraba nuestro proyecto colectivo.

Jerónimo Ledesma: En tu perfil académico confluyen dos ámbitos disciplinares, el hispanismo -en particular la literatura española moderna y contemporánea- y la teoría literaria. ¿Cómo llegaste a asumir esta identidad académica, por qué vías e influencias? ¿Qué percepción tenés de las relaciones existentes entre estos dos campos de estudios?

Marcelo Topuzian: Cuando me encontré -no quiero dejar de enfatizar la contingencia de todo este asunto, que es lo que sigue predominando en la formación en humanidades, todavía lejos de constituir, a pesar de las apariencias y nuestras propias autorrepresentaciones, un campo estable de disciplinas y programas de investigación a los que uno temeraría guiado por una vocación científica inquebrantable- trabajando al mismo tiempo en las cátedras de Literatura Española III (con Maricarmen Porrúa) y de Teoría y Análisis Literario (con Jorge Panesi), no lo viví como una disyunción muy marcada. La carrera de Letras de la Universidad de Buenos Aires sigue siendo hoy, sobre todo si uno la compara con las de otras universidades, sobre todo extranjeras, saludablemente teoricista, a pesar de la debacle creciente del discurso teórico en su conformación clásica; a principios de los años 90 lo era más. Creo que la enseñanza de las literaturas nacionales veía entonces en la teoría una redención posible del his-

toricismo, del sociologismo, del lingüisticismo, del positivismo -pecados que hoy ya no espantan a nadie-, al tiempo que algunas de las propuestas teóricas específicas que se enseñaban proponían una radicalidad que en tiempos de repliegue político generalizado resultaba muy atractiva, como suele ocurrir en la vida académica. Ingenuamente, entonces, yo iba de un lado a otro sin necesidad de escindirme. Los hispanismos extrapeninsulares –que por muy diversas razones, que sería largo explicar, se mostraron más afines al tipo de interrogación del objeto que motivaba la teoría– me dieron material para desarrollar lo que al principio fue una forma de enseñanza; después fui percibiendo el antiteoricismo militante de algunas tradiciones de investigación, dentro y fuera del hispanismo y antes y después de la década del noventa, y las políticas específicas de exclusión y marginación de ciertos enfoques, pero esto sobre todo cuando esa forma de enseñanza tuvo que convertirse en un proyecto concreto de investigación, cuando ingresé, también casi por azar, a lo que hoy se ve como el camino de hierro de la etapas de la carrera de investigación formal, y descubrí que haciendo un proyecto de tesis que si no en su totalidad, al menos en gran parte era de, podríamos decir, “teoría pura y dura”, me encontraba absolutamente solo. Lo gracioso es que probablemente fue la literatura española la que me permitió hacer algo así; de otro modo, probablemente habría armado algo sobre literatura argentina, por supuesto que teóricamente enterado de todos modos, como muchos de mis amigos y compañeros de cátedra, que desde ese lugar han hecho un aporte fundamental a la crítica literaria argentina reciente. Hoy las cosas son bastante distintas: a mí me resulta gratisísimo, casi una reivindicación personal, encontrarme cada vez más seguido con proyectos de investigación en los que la interrogación sobre los estatutos actuales de la literatura y los estudios literarios, en la que el punto de vista teórico (aunque ya no el viejo canon de la teoría literaria) se asume de manera completamente obvia y natural, se nutre a la vez de los proyectos de jóvenes escritores españoles, argentinos y del resto de Latinoamérica a la par. En suma, lo que alguno puede haber diagnosticado en algún momento como esquizofrenia, yo lo viví siempre con relativa naturalidad, nada que tuviera que asumir.

JL: Decís que la carrera de Letras de la Universidad de Buenos Aires sigue siendo teorista, “saludablemente teorista”, y que la teoría y el hispanismo, en tu experiencia, participaron del mismo fondo común de pensamiento teórico. Al mismo tiempo, al leer tu producción crítica, como por ejemplo tu reciente libro *Muerte y resurrección del autor*, encontramos referentes teóricos que no son tan habituales. ¿Podrías indicar cuáles fueron los textos teóricos que constituyeron los modelos y referentes más importantes en la definición ¡contingente! de tu identidad profesional como investigador y docente de literatura? Y hoy, ¿cuáles son los teóricos con cuyo trabajo encontrás más afinidades y puntos de contacto?

MT: De entrada, creo que hay que diferenciar el corpus clásico de la teoría –digamos, para ser breves, la bibliografía que sigue apareciendo

en los cursos de introducción y en los manuales de teoría literaria– de la actitud teórica en la investigación, que yo hoy tiendo a identificar no con la voluntad de generalidad y absolutismo que muchos críticos adjudicaron en su momento a la disciplina, sino, al contrario, con una modestia esencial: la de no poder dar completamente por sentados los marcos desde los que leemos. Yo hoy, en ese viejo corpus (frente a la arrogancia de algunas perspectivas más recientes –incluso de las que pretenden un historicismo radical–) leo esa duda –que no debe ser confundida con ninguna convicción nihilista, que fue la herramienta difamatoria que se usó en contra de la teoría, particularmente a propósito de la deconstrucción: “ella, finalmente, solo enseña que no podemos leer, que no podemos saber nada, y por ende no es más que un nuevo esteticismo por la negativa”. Al contrario, creo que la función pedagógica fundamental de la teoría consiste en hacer que los (futuros) investigadores registremos los límites de cualquier tipo de afirmación generalizante como esa, y asumamos así realmente hasta dónde alcanzan las tareas que realizamos. Y esto es lo que me permite responder finalmente la pregunta: la contraindicación principal de esta vacilación de los marcos epistemológicos es el culto carismático de la personalidad del teórico, algo que John Guillory estudió bien a propósito de Paul de Man, y que, antes y de una manera y con propósitos muy diferentes, Foucault extendió incluso a los discursos del psicoanálisis y del marxismo bajo el rótulo de los “fundadores de discursividad”. Hay que tener esto muy en cuenta cuando se empieza a barajar nombres propios, que en mi caso podrían haber sido los de Derrida o Barthes cuando estudiaba, y los de Laclau, Badiou, Rancière o Žižek cuando escribía mi tesis. En esta necesidad que tienen las humanidades de un “santoral” hay una lógica que desentrañar, que tiene también aspectos sociales y profesionales –las introducciones, los manuales, la divulgación, los cursos de actualización viven de esto–, pero que sobre todo insta una epistemología singular, cuyo modelo más radical podría ser el del “retorno a Freud” de Lacan, y por qué no sobre todo el de las disputas por la obra del propio Lacan posteriores a su muerte. En la proliferación actual de los lacanismos, dentro y fuera del psicoanálisis en sentido estricto, en la teoría política, en la filosofía, en la crítica de la cultura, en la estética y la crítica de arte, se puede leer una rehabilitación contemporánea de la manera en que en su momento trabajó la teoría literaria –en alguna medida, también en polémica con el psicoanálisis y a la vez tratando de emularlo. Ahí hay un lindo observatorio actual para los estudios literarios.

JL: En *Muerte y resurrección del autor*, una reescritura parcial de tu tesis de doctorado, trabajás con el derrotero de la categoría de autor en los textos teóricos de los últimos 60 años. ¿Por qué este objeto y cuál fue el resultado principal de tu investigación?

MT: Bueno, pensé que si había un problema en que el enfoque teórico hubiera puesto en su momento toda la carne al asador era ese. Pero era fácil darse cuenta de que el corpus principal tenía ya más de treinta años.

Esto me llevó a reconocer dos cosas: primero, que para hablar del tema se seguía citando a Barthes y a Foucault, pero que había también mucha bibliografía posterior que se había ocupado del tema, y no solo dentro de la teoría y la crítica literarias, sino también de historiadores, filósofos, lingüistas, y era muy poco citada o considerada; y segundo, que en alguna de esa bibliografía posterior se terminaba descolocando y tergiversando los textos originales, a fuerza de sacarlos de contexto, algo que en cierta forma su difusión bajo la rúbrica de la teoría literaria (Barthes escribía como crítico, Foucault como filósofo/historiador) ya había propiciado. Por eso me impuse, en primer lugar, tratar de entender los planteos teóricos originales a propósito de la “muerte del autor” y de la “función autor” construyéndoles un andamiaje conceptual contextual; me di cuenta de que era necesario volver sobre el contexto polémico de la difusión primera del estructuralismo francés y sus avatares durante los años 60, y reconstruir todo un conjunto de proyectos de pensamiento vinculados, prestando desde luego especial atención a que su importación desde los Estados Unidos bajo la denominación de “teoría literaria” operaba también como otro contexto que había que tener muy en cuenta. Claro que siempre un contexto de pensamiento, de ideas: no me interesaba volver a contar algo como ya lo habían hecho muy bien Dosse o Cusset. Y en segundo lugar, quise mostrar un poco en qué sentido habían sido luego productivas las diversas reducciones y malas lecturas de aquellos textos para generar una nueva doxa para los estudios literarios y culturales desde la resistencia a la misma teoría. Al mismo tiempo, fue esperanzador encontrar pequeños textos, contribuciones más o menos desapercibidas, que volvían sobre esta problemática tan clásica y no la desmerecían o descartaban como un extravío o una hipótesis contrafáctica, y proponían incluso un paso teórico más, como el librito de Federico Ferrari y Jean-Luc Nancy sobre la *Iconografía del autor*. Al final de mi libro propongo, modestamente, un modo de reconsiderar al autor en los estudios literarios sin restaurar el biografismo, el historicismo y el sociologismo para los que había servido originalmente de coartada: retener, frente a los saberes de la crítica, que sufren siempre los vaivenes de los movimientos institucionales y las modas que todos conocemos bien, el momento de verdad por el que la literatura se le impone en primer lugar.

JL: Me resulta muy interesante lo que decís, y también complejo. Voy a darme un espacio más extenso para formular las próximas preguntas. Ojalá no sea abusar de tu paciencia. Al parecer, en el libro de que hablamos practicás y en cierto modo exigís un pudor del crítico –vos hablás de “modestia”– y ejercés una tremenda presión analítica sobre la argumentación de los textos para evaluar su consistencia e ir formulando, a partir de las grietas que van surgiendo con esa evaluación, en un encadenamiento de largo aliento, momentos de verdad de la literatura evidenciados por la teoría. De este modo, cuestiones como las imágenes de los escritores y los críticos aparecen más bien vinculadas en tu discurso a la publicidad, las demandas de mercado y los comportamientos culturales (el “santoral”, el

“carisma”) propios de los movimientos de autoconservación de las instituciones, y la teoría, asociada a un gesto de exposición de la verdad, anidaría en otro lado, que no debería confundirse con estas prácticas sociales. Y así, por ejemplo, en tu libro subrayas características de la literatura que están en vinculación con lo que podríamos llamar su ser. En cuanto al autor decís, por ejemplo: “La singularidad tras de la cual se lanza la crítica es el acontecimiento de la declaración de este múltiple [el múltiple articulado de toda serie textual], y el autor es el sujeto que lo declara como verdad, y que al hacerlo hace precisamente que lo sea como universal genérico, que vale para cualquiera” (328). No sé si estas de acuerdo con esta descripción de las operaciones que leo en tu discurso. Pero en cualquier caso, me interesa preguntarte sobre dos cuestiones vinculadas con esta lectura. Primero, ¿dónde se asienta y de dónde surge la serie de valores que configura en tus textos y ahora en tus respuestas una suerte de ética de la teoría? Vos utilizás un par de términos opuestos en el libro que constituyen claros juicios de tipo político-ideológico, que son “conservador” y “radicalidad”, y que distinguen entre movimientos “retrógrados”, o “reaccionarios”, y movimientos radicales, vinculados con la verdad. Entonces, ¿de dónde surge y cómo pensás esa ética, si es que existe en estos términos? Y luego, la segunda pregunta atañe a la cuestión de la escritura de la teoría (y de la crítica): así como en tus análisis, por ejemplo el de Donald Pease, cuestionás aquellas estructuraciones de discurso (por ejemplo, la explicación historiográfica) cuando son inconsistentes con los principios afirmados en los textos, ¿cómo encarás vos la escritura de teoría y de crítica para que no caiga en las redes de aquello que precisamente estás queriendo exponer como error de la argumentación o como gesto de complacencia con la época y sus instituciones?

MT: En realidad, considero que no hay tal exclusión de principio entre la teoría y las prácticas institucionales y sociales que mencionás –sobre todo respecto del mercado y la publicidad. Todo lo contrario, la teoría es quizás el ámbito de las humanidades donde el liderazgo carismático del “maestro intelectual” se pudo percibir con mayor nitidez, pero esto precisamente hace la disciplina más interesante, quizás sobre todo porque por esto también se vuelve irreductible a cualquier *ethos* profesionalizante. La gestión de la teoría se topa tarde o temprano con ese momento en el que prima la lealtad –a un maestro, a una corriente intelectual, a una posición enunciativa... No es el pudor del crítico, entonces, sino más bien el amor lo que movilizaría una “ética de la teoría”. A mí el término, aplicado a la labor profesional, mucho no me gusta, porque de la ética a la etiqueta hay poca distancia, y de los valores a la forma-valor, menos. Mejor hablar de una política de la teoría y listo; una política por definición movimientista, habría que decir. La teoría es el populismo de los estudios literarios y coincidió, como dice Eagleton, con los momentos de mayor movilización política de la disciplina, y yo agregaría de masivización e impacto sobre la vida cultural (en los Estados Unidos, la llamada Escuela de Yale llegó a convertirse en tema de debate público en los 80). A partir de esto, creo, no

puede avergonzar a nadie volver interrogar la literatura en su ser, que uno puede pensar, en la línea abierta por el *telquelismo*, como eminentemente textual, o en la de la sociología literaria, como ligada a posicionamientos efectivos en un campo. Pero no solamente. Parafraseando a Badiou, para la crítica literaria no hay más que textos y escritores (así, en plural, múltiples), salvo que hay verdades. A veces a los críticos académicos nos sigue gustando pensar que lo que nos diferencia de un filósofo, o de un historiador, o de un sociólogo es nuestra especial pericia tanto en el manejo de los textos como en el de las reglas que organizan lo que llamamos “vida literaria”, cuando en realidad lo que hacemos todo el tiempo es hurgar en los límites de los espacios de proliferación textual y de las distribuciones actuales de lo efectivamente enunciable. Pero no hay que armar a partir de esto de ninguna manera un nuevo dualismo, de una teoría libertaria contra una institución caduca. El radicalismo de la interrogación crítica compete tanto a la estrategia innovadora como a la institucionalización, si querés, normativa. Por eso no tiene sentido hablar aquí de “valores-testigo” que puedan servir de piedra de toque a la actividad en la disciplina. A Pease, entonces, no le cuestiono fundamentalmente que no haga justicia a los planteos originales de Foucault, o que simplemente los tergiverse (el sabrá con qué propósito), sino que para hacerlo obture el momento de verdad en que la crítica está implicada por sustracción de cada situación histórico-social efectiva. El crítico académico saca chapa de “activista” porque “reconduce” una práctica que considera alienada a su “contexto más propio” de determinaciones, que es el de su situación histórico-social de origen, lo cual redundaría en una simple reivindicación de su propio repertorio puntual de saberes. No es que el crítico se sirva de la explicación historiográfica como estrategia lo que cuestiono, sino más bien pretender que en ella, por sí sola, se agota la politicidad de la intervención crítica, lo cual al fin y al cabo no implica más que decir que “el que sabe, sabe”. A mí las figuras de los críticos-activistas me resultan sospechosas; no me refiero a la pertenencia política del investigador académico, inevitable sin más, sino a la estrategia de hacer pasar la legitimación de la tarea del crítico exclusivamente por esa pertenencia, lo cual, como decía, no consiste en otra cosa que en sostener la propia posición por la pretensión de propiedad definitiva de un saber (sobre la historia, sobre la sociedad, sobre la identidad, sobre el género). Dicho esto, sobre cómo encaro mi propia escritura académica, solo puedo decir que hago lo que puedo...

JL: [riendo estentóreamente]. Magnífica respuesta la última, y muy modesta, ¿no? *Muerte y resurrección...* ronda las 400 páginas de debate y discusión teórica “pura y dura”, en una prosa sin concesiones... Tal vez correspondería que te pregunte ahora, en relación con la primera respuesta, sobre tus amores o lealtades, ya que el género entrevista, y hoy como nunca, tiende dinamitar la textualidad en el sentido de la exposición personal, pero dejemos eso en la sombra y pasemos a otra cosa, una última cosa, en verdad, que pregunto en beneficio propio, aprovechando que te atrapé en este diálogo. Como sabés, este número de la revista pertenece a un pro-

yecto colectivo que reúne a varias personas que trabajamos con períodos y literaturas diferentes pero que buscamos interrogar un objeto general que, debo decir, está en pleno proceso de construcción teórica. Este objeto son las operaciones del escritor para justificar y diríamos promocionar su advenimiento y praxis en el horizonte histórico de la modernidad. Nuestra palabra clave es “legitimación”, y la tomamos de un cruce, fundamentalmente, entre Bénichou y Blumenberg. Como he visto que utilizás esta categoría (sobre todo para pensar la dinámica de los estudios literarios: los usos de Foucault legitimando la institución de la crítica), y que considerás también textos que la toman (como el ya citado de Pease, en la p. 222 de tu libro), tal vez puedas decirnos en qué sentido lo hacés y cómo se vincula al estudio de la categoría de autor.

MT: Mi libro estudia un período reciente y toma como objeto los estudios literarios académicos fundamentalmente, así que me siento poco preparado para aportar mucho a la interrogación tal como ustedes la están planteando. Además, entiendo que se centra más sobre la figura del escritor que sobre el autor. Sin embargo, creo que puedo articular dos puntos. Primero, algo sobre la interdisciplina en la investigación literaria. En su proyecto se cruzan la historia literaria, la historia intelectual, la filosofía, la sociología literaria. Ahí hay un tema interesante de legitimación: la de los investigadores literarios haciendo uso de categorías que no les “pertenecen” por formación o incumbencia profesional, muchas veces de manera más imaginativa que literal, pero no por eso menos rigurosa. En un contexto mundial donde los estudios literarios sufren el embate de los recortes presupuestarios, de las reformas de los sistemas universitarios y de los planes de estudio, de la merma en la matrícula y también del desprestigio social tanto de los canones literarios nacionales occidentales a los que les dedicaron todo, como de la perspectiva misma de las humanidades en un universo académico que hizo posible o al menos no pudo impedir que la broma de Alan Sokal se convirtiera en *affaire*, y donde la interdisciplina se nos impone muchas veces solo a partir de la necesidad de formar equipos de procedencia profesional y pertenencia institucional diversa para acceder a fondos que de otra forma se nos retacearían, reivindicar el derecho a leer, comprender y utilizar cualquier horizonte bibliográfico e intelectual afirmando y sin desentendernos de nuestra identidad y nuestras prácticas como investigadores literarios, es decir, sin tener que reciclarnos como críticos o historiadores de la cultura, analistas del discurso o especialistas en argumentación, me parece ya un esfuerzo loable. Por otro lado, y para ir terminando, se me ocurre que para comprender cabalmente la legitimación moderna del escritor es indispensable la experiencia, en principio, creo, contrastiva, de los procesos de consagración de artistas y escritores, y por qué no también de intelectuales y académicos, más contemporáneos. No para lamentar la decadencia actual de la racionalidad pública, al menos tal como se la constituyó en la época “heroica” de la modernización (se entienda como se entienda este proceso histórico heterogéneo sobre el que se está lejos todavía de contar con una visión consensuada), o la

pérdida de significación de la obra frente a, digamos, la mercadotecnia, los medios audiovisuales, el apropiacionismo y los memes de internet, sino, al contrario, para desnaturalizar algunas convicciones históricas no del todo fundadas en primer lugar. Cuando me tocó registrar, junto al equipo de investigación que dirijo, modalidades de constitución de proyectos literarios alternativos respecto de las dominantes bajo el paradigma de las literaturas nacionales, nos dimos cuenta de que la frecuentación de la literatura del más inmediato presente nos permitía ver mejor cuánto, en la historia de la literatura española contemporánea en lengua castellana, se sustraía al *dictum* de que todo en ella se conformaba, de una u otra manera, sobre el horizonte de la constitución de una idea de nación en sentido moderno, aunque luego se aclarara que fallida, o tardía, o forzada. “Modernidad” y “nación” son claves interpretativas fundamentales para entender la literatura española del siglo XX, pero también pantallas bajo las que una cantidad importante de fenómenos literarios interesantes terminan resultando invisibles. Creo que todavía los críticos académicos tenemos una función legitimante al explorar las condiciones en que ciertos objetos acceden al interés de la investigación.